

Ferrol y **Torrente Ballester**

Este año 2010 se cumplen cien años del nacimiento de Gonzalo Torrente Ballester (Ferrol, 13 de junio de 1910), uno de los grandes escritores españoles que dio el siglo XX. Después de unos comienzos difíciles, Torrente fue logrando hacerse un sitio en los primeros lugares de la literatura española, como lo atestiguan los reconocimientos recibidos en el último tercio de su vida: miembro de la RAE, Premio de la Crítica y Premio Nacional de Literatura, Premio Príncipe de Asturias, Premio Planeta, Premio Azorín, Premio Cervantes, Doctor "Honoris Causa" por varias Universidades españolas y extranjeras, traducido a todas las lenguas cultas, y, además, reconocido y admirado entre el gran público por el éxito popular que obtuvo la adaptación televisiva de su trilogía Los gozos y las sombras, emitida a lo largo del año 1982. Estamos, sin duda, ante uno de los más grandes novelistas de la segunda mitad del siglo XX.

Quizá no haga falta decirlo, pero a lo mejor es conveniente recordarlo: Torrente Ballester es un escritor gallego que escribió en castellano (según él, "en ferrolano", por los múltiples localismos de origen gallego que se infiltraban en su castellano). Pero lo que nadie puede negar es que fue el escritor que más escribió sobre temas gallegos, el que más páginas ha dedicado a recrear personajes, temas, ambientes, costumbres y gentes de Galicia. Cantidad refrendada por una calidad literaria que muy pocos novelistas lograron alcanzar. Ahí están sus novelas Los gozos y las sombras, La saga/fuga de J.B., Fragmentos de Apocalipsis, Dafne y ensueños, La muerte del decano, La boda de Chon Recalde, Filomeno a mi pesar..., docenas de cuentos como Farruquiño, Farruco, el desventurado, El cuento de Sirena, El comodoro, etc.

Las obras de Torrente Ballester, como antes las de Valle-Inclán, sirvieron para dar a conocer por el mundo adelante una forma de ser y un talante ante la vida muy propio de quien ha nacido y se ha criado en Galicia. Esa cuestión abstracta a la que llamamos "galleguidad" se concreta y corporeiza en los ambientes y formas de comportamiento de los personajes que Torrente logra crear en sus novelas. Un motivo más para que la revista Gallegos le dedique, como homenaje, este trabajo; por el que se suma, además, a los muchos que a lo largo de este año y en forma de Exposiciones, Congresos, reediciones de algunas de sus obras, conferencias, etc. se han organizado en distintas ciudades de Galicia y de España.

José A. PONTE FAR

Cuando Gonzalo Torrente Ballester decidió, en algún momento de sus últimos años de vida, que quería ser enterrado en el cementerio de Serantes, no hizo más que obedecer a sus sentimientos y afectos más profundos. Quería volver a sus orígenes, a fundirse con la memoria de sus antepasados en la tierra y en el



Gonzalo Torrente Ballester en 1922.

paisaje que mejor conocía y que más había disfrutado. El ruido del viento en el valle de Serantes, el bullicio del puerto de Ferrol, el brazo pacífico de mar que se adentraba en La Malata, el encanto teatral del Jofre, la familiaridad escolar de la plaza de Amboage y de Herrera, los barcos en la Ría... serán imágenes que perma-

necerán siempre vivas y frescas en el espíritu de Torrente, y a las que su memoria y afinado sentido de observación revivieron e inmortalizaron en muchas de sus páginas. Torrente, así, sigue vivo en su mundo recreado con palabras guiadas por el sentimiento.

La gran cantidad de elementos ferrolanos que se puede encontrar en la obra narrativa de Torrente Ballester no facilita nada la tarea de seleccionar un muestrario de los mismos, como es la finalidad de este trabajo. La presencia de Ferrol, genéricamente,

su cultura- y dentro de ese material gallego se contabiliza, por supuesto, todo lo ferrolano, lo que él vivió aquí en Ferrol y que ha acabado sirviendo de material literario. Lo cual, pienso, no hace más que redundar en beneficio de la ciudad, porque parte de su historia, sencilla o brillante, eso da igual, queda ya inmortalizada en muchas páginas del que pasa hoy por ser uno de los escritores más reconocidos de España.

Después de esto, debo decir que la importancia que yo con-



Claustro del instituto de Ferrol en 1938.

está tan viva en sus páginas literarias y periodísticas, que dificulta el ofrecer unas muestras de ellas, porque eso supone prescindir de otras tantas referencias, y algunas posiblemente más significativas desde otros puntos de vista.

Torrente, hombre cosmopolita y viajero infatigable, como novelista creía, sin embargo, que lo realmente interesante sucedía en los ambientes cerrados, en los pueblos y ciudades pequeñas. Éstos son microcosmos que reflejan lo que ocurre en lugares más grandes. Su sentido de la percepción novelística coincide con la de los grandes creadores literarios, como Cervantes, como Proust, como Faulkner... “*En provincias es donde pasan las cosas. Lo que pasa en la gran ciudad sale en los periódicos. Además, el interés debe ponerlo el novelista, no el tema*”, afirmó Torrente.

De todas formas, y para ser precisos, hay que decir que su campo de atención preferente es Galicia -su gente, sus paisajes,

cedo a Ferrol en la vida y en la obra de Torrente Ballester, en su formación como hombre y como escritor, no es el resultado de especulaciones o de hipótesis mejor o peor hilvanadas, sino que mis observaciones las refuerzo con lo que él mismo escribió y proclamó públicamente cuando lo consideró oportuno. Por ejemplo, en el Aula de Cultura de “Caixa Galicia” de la calle Galiano, un día de marzo de 1983, el escritor no dudaba en afirmar, parodiando el título de *England me fecit* con que Graham Green publicó uno de sus libros, que él también podría escribir otro con el título de: “*Ferrol me hizo*”, porque lo más importante, lo fundamental, lo que me sostiene como hombre y como ciudadano y lo que me alimenta como escritor, aquí, en Ferrol, me ha llegado; aquí lo he incorporado a mi vida, aquí me ha educado y modificado”. Después de leer esto, como comprenderán fácilmente, poco esfuerzo y menos énfasis deberé poner yo en estas líneas para tratar de convencerles de algo que,

después de lo leído, hay, desde luego, que dar por supuesto.

Pero también es cierto que, dentro de ese material gallego que aparece en su obra, una buena parte lleva el rasgo distintivo de ser ferrolano o de ser utilizado por un ferrolano. Torrente es consciente de que su condición de gallego y su visión de Galicia está matizada por su condición de ferrolano. “*Yo soy un gallego de Ferrol*”, fue su autodefinición en alguna entrevista periodística, y con la cual está asumiendo lo más genuino, históricamente hablando, de esta ciudad desde su fundación en el siglo XVIII: ciertos rasgos diferenciales, de talante y comportamiento, que constituyen lo que algunos sociólogos han llamado “lo ferrolano”.

Me gustaría dejar sentado ya desde ahora que el hecho fortuito de que Torrente haya nacido en Ferrol, se haya educado aquí, y haya empezado a organizar su mundo sensitivo aquí, es algo decisivo en la vida del Torrente Ballester escritor. De haber nacido en cualquier otra ciudad gallega, sería, desde luego, otro escritor, mejor o peor, no se sabe, pero distinto al que es.

Sin embargo, los años que Torrente vive en Ferrol no son muchos cuantitativamente, pero sí son trascendentales. Desde el año 1910, en que nace, hasta 1927, en que acaba el bachillerato, la niñez y adolescencia de Torrente transcurren ininterrumpidamente entre Ferrol, en donde vive con sus padres, y Serantes, en donde viven los abuelos maternos, y adonde acude todos los veranos y en todas las ocasiones en que su padre -condestable de la Armada, primero, y teniente de navío, más tarde- tiene que navegar: su madre, Ángela Ballester, se va en esos períodos de ausencia del marido a casa de sus padres, en Serantes, donde son siempre bien recibidos y donde pasan largas temporadas.

Los años de la infancia son fundamentales en la vida de todas las personas, pero especialmente en la de aquéllas que, desde que tienen uso de razón manifiestan un gran sentido de observación y una sensibilidad adecuada para asimilar todo lo que ven y observan. Éste es el caso del joven Gonzalo Torrente, un excelente receptor de todo lo que le llega desde su entorno. Alguien ha dicho que la infancia es la verdadera patria del hombre, sentencia que se puede aplicar con todo rigor a Torrente, el cual, en su madurez vital y novelística se ha dedicado a recuperar esa patria de su infancia en una de sus mejores obras, *Dafne y ensueños* (1983),

que viene a ser la crónica histórica de un Ferrol que ha empezado a desaparecer en los años 60, no sé si para bien o para mal, pero que en todo caso es una evocación nostálgica y poética de una época concreta en la vida de esta ciudad. Y a evocar la vida social del Ferrol de los años cuarenta, dedicará una de sus últimas novelas, *La Boda de Chon Recalde* (1995).

Torrente vuelve a vivir en Ferrol desde 1932 a 1939, años en los que se casa, nacen sus tres primeros hijos, da clases particulares a destajo, y empieza a reflexionar sobre la realidad sociológica de esta ciudad.

Será unos años más tarde, y después de vivir dos en Santiago, ejerciendo como profesor de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Instituto “Rosalia de Castro”, y al regresar con su familia —mujer y ya cuatro hijos—

a Ferrol, cuando se produzca esa identificación plena con la ciudad. Torrente viene como catedrático del Instituto “Concepción Arenal”, y lo hace siguiendo el consejo de un amigo ferrolano, que lo convence de que esta ciudad, llena de Economatos en los que se puede comprar todo más barato, es el lugar idóneo para vivir sin demasiadas estrecheces con el sueldo de profesor. Por cierto que el consejo fue muy acertado, y Torrente, como buen ferrolano, lo va a seguir al pie de la letra desde el primer momento: el traslado de casa y familia desde Santiago a Ferrol lo hace en un camión de Bazán.

En esta etapa —de 1941 a 1947— es en la que el escritor comprende definitivamente el peso de la historia de esta ciudad y su influencia en la configuración sociológica de la misma. Vive en la calle Graviña, en un piso amplio, con una buena tertulia los jueves por la tarde, es socio del casino, tam-

bién con tertulia diaria a la hora del café, da clases, pasea, y aquí escribe sus primeras obras de teatro, así como sus dos primeras novelas, *Javier Mariño* (1943) y *El Golpe de estado de Guadalupe Limón* (1945). Estos años fueron los que vivió más conscientemente dentro del ambiente y de la vida ferrolana. Lo sabemos por lo que él mismo dejó escrito, y también por lo que escribieron otros, como, por ejemplo, Carlos Castilla del Pino, que durante su estancia en Ferrol, en 1947, como Alférez de Milicias en prácticas, conoció y trató mucho a Torrente y a sus amigos ferrolanos:

“Me veía a diario con él (Torrente), en la calle, en el instituto —muy cercano al cuartel— o en su casa. Como jamás tenía prisa,



Abuela Francisca.

ni nada concreto que hacer, paseábamos, entrábamos en algún bar o nos sentábamos en la calle real, en las butacas del casino colocadas en la puerta” (*Pretérito imperfecto*, ed. Tusquets, pág. 468)

Ya no volverá a vivir ininterrumpidamente en esta ciudad, salvo unos meses de vacaciones mientras viven sus padres. Pero el alejamiento de Ferrol será sólo físico, ya que, a partir de ese año y hasta ahora mismo esta ciudad y lo aquí vivido empiezan a convertirse en material novelístico y en experiencias que recuerda con nostalgia desde la literatura.

Pero la influencia que ejerce Ferrol en el escritor Torrente, más que una influencia que se note o aprecie en determinados momentos y aspectos de alguna de sus obras, es una influencia estructural, que abarca longitudinal y transversalmente toda su



Padre de Gonzalo, Gonzalo Torrente Malvido.

producción narrativa. Algunas de sus características literarias más sustanciales responden, a mi modo de entender, a haber nacido en esta ciudad y a su experiencia infantil y adolescente. Creo que vale la pena incidir un poco más en esto.

Una de las notas características que se le atribuyen a Torrente es la de ser un novelista “intelectual”, que tiende al raciocinio y a la reflexión, lo cual no deja de ser verdad en la mayoría de sus obras. Pero lo que sorprende a críticos y estudiosos de su obra, sobre todo a los extranjeros, es que, en la misma medida, Torrente tiende igualmente a la fantasía y a lo imaginativo. Torrente pasa del ámbito real al fantástico con tanta naturalidad

que el lector no lo percibe si no está alertado. Es una combinación complicadísima —por el riesgo que corre la verosimilitud de lo que se cuenta— desde el punto de vista técnico, para todo novelista, sobre todo desde que Cervantes lo aplicara, con el éxito que sabemos, en *El Quijote*. Esta facilidad para ir de la esfera de la realidad a la de la fantasía, del mundo racional al imaginativo, no es nada frecuente en los novelistas españoles. Normalmente, o están instalados en una o en otra, pero no logran armonizar las dos. Podíamos hacer una extensa cita de nombres para cada una de esas esferas o ámbitos, pero apenas encontraríamos un par de autores que compaginasen ambas. Torrente lo logra, y sin ningún problema, a juzgar por la reiteración con que lo hace.



Madre de Torrente, Ángela Ballester.

Pues bien, esta forma de hacer coexistir lo real con lo fantástico, y la facilidad con que pasa en sus creaciones novelísticas de lo uno a lo otro sin alterar la normalidad de las situaciones, personajes y cosas, es algo consustancial ya en Torrente, derivado, posiblemente, de su propia naturaleza ferrolana. Así, esa tendencia intelectual, racional, que se aprecia en sus novelas, con toda la carga de realidad que trasladan a las mismas, puede deberse a la influencia racionalista que ejerce la ciudad de Ferrol, con su trazado geométrico a escuadra y cartabón, en el escritor, de la misma forma que en todos sus habitantes. En esta ciudad no hay lugar para la fantasía. Todo está sobrecargado de raciocinio y ló-

gica neoclásica; sus calles, rectas, largas y perpendiculares a dos plazas concéntricas, no dejan un recoveco para la sorpresa ni un escondrijo en el que poder protegerse de la apabullante presencia física de la ciudad. No cabe, pues, el misterio ni la ensoñación.

Pero Torrente, en su infancia, pudo compensar ese “deficit” de imaginación y sentimiento, porque vivió muy ligado a la aldea, en la que está la casa de los abuelos maternos, como ya sabemos. En Los Corrales, en Serantes, encuentra otra esfera o ámbito de la vida: el misterio y la magia propios de una aldea gallega, más cerca de la Edad Media que del siglo XX. La ciudad, pues, con su realidad industrial y positivista, le abastece la dimensión racionalista e intelectual. La aldea, con su mundo supersticioso y mágico, le alimenta la parte imaginativa y fantástica. Su infancia, a caballo entre Ferrol y Serantes, determinará su peculiar percepción de la realidad y esa capacidad tan personal para captar lo fantástico en lo ordinario, lo irreal en lo natural, lo maravilloso en lo cotidiano.

Además, en la vida de Gonzalo Torrente hay otra dualidad que viene a reforzar esos dos polos que ya de por sí representaban Ferrol y Los Corrales. En la casa viven los dos abuelos, dignos y solemnes, que no se dirigían la palabra ni se sentaban juntos a la mesa, si no era el día del patrón, San Salvador de Serantes, el 6 de agosto, o por Nochebuena. No se hablaban entre ellos, pero cada uno por su cuenta, trataba de acaparar la atención del nieto. El abuelo, Eladio, orgulloso y ciego, era un hombre culto, racionalista y descreído, que va haciendo del pequeño Gonzalo un confidente de sus razonamientos y al que le pide que le lea las revistas ilustradas que seguían el desarrollo de la Primera Guerra Mundial; de él dice Torrente: “mi abuelo Ballester, con el cual yo hablé mucho, mucho, cuando era niño, es una de las personas que más han influido en mi constitución personal”. Hoy, los dos ya igualados en su condición de difuntos, yacen en el mismo panteón en el cementerio de Serantes.

Su abuela Francisca, por el contrario, más afectiva y consentidora, es una mujer sin preparación ni cultura, pero inteligente y dispuesta, con un sentido de la religiosidad sobrecargado de superstición y misterio, propensa a la fantasía y a la imaginación,



Torrente Ballester en 1933, redactor del periódico anarquista “La Tierra”.

tanta que hablaba en voz alta, mientras hacía alguna tarea, nada menos que con Dios, por lo menos una vez al día.

Torrente vivió, pues, con toda plenitud, lo que él mismo enuncia como definición de Ferrol, de la que dice ser “una ciudad lógica enclavada en una tierra mágica”. Y cada uno de esos ámbitos tiene para el joven Gonzalo un nombre de persona: Eladio, su abuelo ciego, y Francisca, su abuela fantástica. Pasar de un mundo a otro, no era cambiar de realidad para el nieto: eran dos caras distintas de la realidad de la vida; lo mismo que contemplar, desde la ventana de la casa de Los Corrales, en la oscuridad de la noche profunda y abierta a la boca de la Ría, los focos potentes de los barcos surtos en el puerto de Ferrol, dispuestos a surcar los mares, caminos abiertos a la civilización.

De su experiencia infantil en Los Corrales extrajo más tarde Torrente muchos recuerdos que se convirtieron en hermosas páginas literarias. En *Los cuadernos*

de un vate vago (1982) recrea, por ejemplo, la presencia de un elemento natural que siempre lo fascinó: el viento. Ante una tormenta que está contemplando en Albany (Nueva York), escribe: “*Sigue el viento, cada vez más furioso... Me recuerda aquellos vendavales de mi niñez en la casa de Serantes; quizá aquellos más fuertes a causa del nogal, aquel enorme y hermoso nogal cortado por una mano traidora no sé cuándo, y, sobre todo, no sé para qué... Aquello era como una magnífica flauta, como un magnífico órgano: llegaba el viento y tenía diez mil agujeros por donde colarse y silbar. Nunca he vuelto a ver vendavales como aquéllos. No sé por qué, pero en la ciudad no se perciben lo mismo*”.

Ese mundo de misterios y enigmas, de caminos recorridos por mendigos que venían de lejos, por la ánimas de la Santa Compañía, de noches largas alrededor del fuego de la chimenea, en donde el niño Gonzalo escuchó historias de este mundo y del otro, de elegantes navíos que cruzaban los mares, de hazañas marinas y grandes naufragios y desgracias, le sirvió a Torrente, sobre todo, para agudizar su imaginación infantil y, ya escritor, para temas y anécdotas de alguna de sus obras. No hay más que leer *Farruquino*, *Farruco*, *el desventurado*, *Dafne y ensueños*, algunas páginas de sus cuadernos de trabajo —*Cuadernos de La Romana*, *Nuevos cuadernos de La Romana*, *Cuadernos de un vate vago*, etc.— para revivir estas experiencias de su infancia en la aldea.



Antiguos alumnos en 1935.

Su afición por los barcos y por el mar arranca de la infantil convivencia con tales realidades. El tema de los barcos, su presencia y la descripción literaria de los mismos, se constituye en un motivo recurrente de su narrativa. Se puede afirmar, sin temor a caer en la exageración, que no hay en la literatura española de este siglo un escritor con tanto dominio del léxico marino y marítimo como el mostrado por Torrente a lo largo de múltiples páginas, y que haya desarrollado tantos episodios marinos. Gonzalo Torrente Malvido, hijo, escribió sobre esta especial atracción que el padre siente por el mar:

“La relación de GTB con el mar es, además, metafísica, y está íntimamente ligada a su fantasmagoría básica, siendo el mar el elemento que en sus primeras obras de ficción resuelve las situaciones (véase *Farruquiño* o la *Sirena*); y presente a lo largo de toda su obra como causa primera de numerosos avatares y meta de otros muchos” (*Gonzalo Torrente Ballester, mi padre*, pág. 162).

También la ciudad, Ferrol, va a dejar su impronta en la infancia de Torrente, y por lo tanto, en su configuración personal y literaria. Con sus padres, siempre que es posible acude desde muy pequeño al Jofre, en donde presencié obras que lo transportaban a otros tiempos y a otros mundos.

La importancia que este local tan ferrolano ha tenido en la vida literaria de Torrente es muy notable, pues no debemos olvidar que el escritor hizo su presentación en el mundo de la literatura escribiendo una obra de teatro, *El viaje del joven Tobías*, en 1938, a la que siguieron otras cinco más, aunque ninguna de ellas llegó a ser representada. Además, su afición al teatro se notará en su obra novelística en la facilidad y destreza con que dialogan sus personajes.

En Ferrol, el niño Gonzalo Torrente, desde los siete años, iba al colegio, al de los Padres Mercedarios, que era así como se llamaba el actual “Tirso de Molina”. Allí, y en la plaza de Amboage, donde pasaban los recreos, se entera, con sorpresa, de que casi todos sus compañeros querían ser marineros de guerra, igual que él, de quien su padre, también marino, esperaba que llegase a ser almirante. Eso era lo normal en una ciudad en la que la presencia de marineros y militares era tan evidente, no sólo físicamente, sino como paradigma de vida a imitar por los demás ciudadanos; por eso los niños ferrolanos, hijos, nietos o sobrinos —cuando no todo junto— de algún marino de la Armada, querían, también ellos, ser lo mismo.

Pero el joven Torrente, imbuido como el que más de sus com-

pañeros, de ese espíritu admirativo hacia todo el mundo de la marina, sufrirá ya a los doce años la decepción de saberse excluido de ese futuro. Una precoz miopía, que se irá acentuando con el paso de los años, le cierra las puertas de la Escuela Naval, y este hecho empieza a hacerlo sentir diferente de los otros. Su futuro deberá ir por otros caminos menos seguros y brillantes. Y quizá haya sido por este problema de su vista por lo que Torrente, que siempre había demostrado gusto por la lectura, empieza a leer con auténtica dedicación, lo mismo que a escribir pequeñas historias de aventuras y de amor, que acabarán circulando por la clase. Quizá por no poder ser marino se ganó un escritor.

En su infancia ferrolana es cuando el futuro escritor va a conocer a aquellos locos célebres que merodeaban por la plaza de Amboage, buscando la atención de los niños que por allí jugaban. Torrente —quien sostiene que en Ferrol abundan los locos por ser una ciudad en la que chocan el fuerte racionalismo, que se impuso por decreto, con el alma lírica, propia de las gentes atlánticas, enemigas del límite, y por estar ventilada por un fuerte nordés que barre sus calles, largas y abiertas a ese viento— conoció a estos personajes extravagantes que siempre fueron populares y bien tratados en la ciudad, y alguno de ellos pasó, con las transformaciones correspondientes, a ser personaje de sus novelas.

Las novelas de Torrente, ambientadas en sociedades y lugares más bien pequeños, provincianos, plantean, no obstante, cuestiones de interés humano general. Es decir, son micromundos de un escenario mayor y universal. Pero para un lector ferrolano ese carácter “provinciano” supone un valor añadido de interés, porque por las páginas de las novelas de Torrente se va a encontrar con personajes de su ciudad, que viven en la memoria colectiva (Hildegart, Aurora Rodríguez, Gravina, Churruca, el tío Galán, la Compañía de Sopiñas...) o que responden al estereotipo de los hombres y mujeres que se encuentra diariamente por la calle, incluidos los nombres (Chon, Loló, Coccocha, Finuca, Juanucha, Pepita...) o con realidades geográficas o socioculturales que hará que su autoestima como ferrolano se revalorice. Véanse, para terminar, estos dos textos de Torrente que ilustran sendos aspectos:

“Antes de marcharme, recorro las calles donde he vivido y jugado. La estatua de Jorge Juan y sus magnolios siguen afortunadamente en su sitio (no puede decirse lo mismo de otras estatuas y de otros árboles). Desde el paseo de Herrera se puede contemplar el Arsenal casi entero: masas grises sobre el fondo gris del cielo. No sé si será porque lo amo, pero es el único paisaje industrial que me parece hermoso” (Cuadernos de La Romana, ed. Destino, pág. 71).

“El nacido en Villarreal camina silbando o tarareando. Donde se juntan dos son un dúo; donde más de tres, un orfeón.

Cuando ya han desaparecido del mundo serenatas y rondallas, los mozos de Villarreal las siguen cultivando. Hay varias noches al año en que son pura música en las calles de la ciudad. Música rebelde a normas y aprendizajes, intuitiva: música “de oído”, con bandurrias y bandolinas que ignoran el papel pautado, el metrónomo y las semifusas” (La boda de Chon Recalde, ed. Planeta, pág. 9).

Otra nota caracterizadora de la novelística de Torrente, presente en todas sus obras, y que, por lo tanto, podemos conside-

rar sustancial a su forma de escribir, es el tono humorístico que se encuentra en cada una de ellas. Un sentido del humor, que yo relaciono con su origen ferrolano, independientemente de que pueda responder, además, a otras razones estéticas, e incluso, filosóficas. Lo que sí es incuestionable es que la literatura de Torrente está concebida con un sentido humorístico muy sutil, unas veces con predominio de la ironía, otras del sarcasmo y de la parodia, que la convierten en algo inusual y raro en la literatura española.

Yo creo que no es inoportuno relacionar esta tendencia innata, caracteriológica de Torrente, y presente en sus novelas, con su origen ferrolano. De su ciudad hereda el escritor un gusto especial por la ironía, por buscarle el lado humorístico a las cosas y a

“Una de las notas características que se le atribuyen a Torrente es la de ser un novelista “intelectual”, que tiende al raciocinio y a la reflexión, lo cual no deja de ser verdad en la mayoría de sus obras.”

los hechos. Algo que, por otra parte, es muy propio del hombre y de la mujer ferrolana, que les da, colectiva e individualmente, un perfil diferenciador ante cualquier observador foráneo. Y que, en mi opinión, puede responder a un mecanismo de defensa desarrollado históricamente por el ciudadano de aquí para defenderse de esa anomalía geográfica que supone que una ciudad lógica y racional esté enclavada en una tierra mágica —como señaló ya el propio Torrente—, sumida en el mundo de la ilógica y de la magia. No hay que olvidar que, a pocos kilómetros de Ferrol, nos encontramos con el océano misterioso, en el que se hunde el sol todas las tardes, y que, unos pocos kilómetros más allá, amenazando con precipitarse al vacío del acantilado atlántico, está la ermita de S. Andrés de Teixido, santo y seña de la Galicia supersticiosa, de la Galicia profunda y mágica.

Históricamente, al hombre de Ferrol, encajonado en unas calles largas y estrechas, con un trabajo en los Astilleros —razón de ser de la ciudad—, que vive oscilando entre la nueva tecnología que se aplica en la construcción de hermosísimos navíos y la realidad medieval de su tierra, no le queda más remedio, para escapar de la neurastenia o de la locura, que el recurso del humor. Tomarse las cosas con distanciamiento sano que puede introducir una visión humorística o intrascendente de las mismas. Ese escepticismo lubricador que el ferrolano introduce en su visión de la realidad es una nota temperamental presente



Casa natal de Serantes.

en Torrente, hombre ferrolano, que, por supuesto, se traslada a su literatura marcándola de forma definitiva. Y para resaltar este aspecto humorístico que estoy comentando, así como para terminar esta evocación ferrolana de Torrente con el mismo espíritu lúdico que él mantuvo hasta el final, reproducimos un episodio narrativo, ejemplo antológico del circunloquio y anfibología lingüística, de *La saga/fuga de J.B.* (1972), que sería, a juicio de algunos críticos, la novela española más importante de la segunda mitad del siglo XX:

“Un muy estimado amigo nuestro, famoso por su ciencia y por el calibre y potencia de fuego de su artillería, fue visitado el martes por la tarde, en su domicilio, por una comisión de damas que ejercen en el Pasaje de la Violada la antigua y acreditada industria de proporcionar a los varones paraísos efímeros a precios accesibles. El acontecimiento no merecería esta reseña, ni la más leve mención, si no concurriesen en él circunstancias que lo segregan del monótono curso de las horas y lo envuelven en el resplandor de lo insólito e incluso de lo poético: razones ambas por las que lo traemos aquí. La visita, como puede sospecharse ya, no era de cumplido, y nuestro amigo lo comprendió cuando, después de los saludos de rigor, una gordita de Monforte, de nombre Paca la Rubiales, especializada en soluciones urgentes a base de morcillona, constituyéndose en portavoz del grupo, y, según dijo, del barrio entero al que pertenece, expuso con bastantes dengues y rubores la situación en que se encuentra una de sus cofrades, bisoña en la profesión, a quien cierta malformación congénita del

instrumental básico ha hecho merecedora del sobrenombre de La Estrecha. Creyó nuestro amigo, al escucharla, que venían en demanda de una intervención quirúrgica, y se apresuró a aclararles que él era abogado y aficionado a las ciencias recreativas, pero en modo alguno médico facultativo ducho en el manejo del bisturí. La respuesta de nuestro amigo fue precipitada y, por ende, equivocada, pues las peticionarias no buscaban un médico, sino el sustituto de ciertos profesionales, llamados “floreros” en el argot del barrio, y de los que no había existencias en plaza. Parece que el oficio de los tales consiste en reducir a términos convenientes la impenetrabilidad de las muchachas aquejadas de ese defecto mediante su instalación y permanencia reiterada en lo que pudiéramos llamar la horma, ya que el principio físico que hace posible la operación no es otro que la dilatabilidad de los cuerpos (en este caso, de los tejidos), principio que nos permite calzar unos zapatos que por error hemos comprado de uno o dos números menos. En resumen: que dada la reputación de nuestro amigo e incluso la experiencia de muchos colegas de la suplicante, venían a proponerle que sacara de apuros a La Estrecha (a punto de ser despedida del taller en el que trabaja), favor por el que le vivirían eternamente agradecidas y le otorgarían de por vida determinados privilegios en orden a precios, frecuencias y variedad de los servicios. Parecía tan sinceramente acogida La Rubiales, fueron tales las tintas con que pintó la situación de su compañera, corroboraron las coreautas con tal sinceridad lo que la Voz cantante aseguraba, que nuestro amigo, conmovido, accedió a la petición. Por lo cual nos ruega comuniquemos a sus amistades que durante un mes

no se hallará en su casa de seis a siete de la tarde, los días laborables, ni de once a doce de la mañana, los festivos, aunque seguirá concurriendo a las reuniones de la Tabla Redonda como si nada. ¡Pues no faltaba más! Preguntado por nosotros en qué piensa consumir ese tiempo de quietud a que la función de horma le sujeta, nos respondió que la ocasión es más favorable para el estudio de ciertos poetas franceses cuyos versos acaban justamente de recibirse en la Biblioteca de la Casa del Barco, un tal Verlaine y un tal Rimbaud, poetas de expresión más bien extraña. Se nos ocurrió entonces, y fue ocurrencia bastante ingenua, hacer la misma pregunta a La Estrecha (quien, por cierto, es una chica monísima, dotada, además, de la mejor voluntad profesional): pensábamos que, a lo mejor, empleaba su tiempo libre en estudios matemáticos o gramaticales; pero ella nos dijo que no; que, como no sabe estarse nunca quieta y es tan hacendosa, se entretendrá en tejer abriguitos de punto para los niños de la Inclusa, que pasan tanto frío en el invierno, los pobrecitos”.

Pudiera seguir tratando de relacionar otras características, en mi consideración también notables, de la literatura de Torrente con Ferrol, pero para no extenderme excesivamente, no lo haré. He preferido, para la segunda parte de este trabajo, hacer un breve muestrario de las realidades sociales, históricas, costumbristas, etc., de esta ciudad, que Torrente conoció y vivió, y que le han servido como material literario, pasando, por lo tanto a sus novelas. Son, normalmente, experiencias de la vida ferrolana, alusiones y referencias a hechos reales y a lugares concretos, que, por alguna razón han impresionado al autor y, por lo mismo, han pasado a convertirse en material novelístico.

Y podemos empezar por los entierros, solemnes y estéticamente muy cuidados, que presencié en su infancia por las calles de Ferrol, y de los que yo le he oído hablar en público y en privado. Hay dos descripciones de entierros en sendas novelas de Torrente (*Off-side* y *La Isla de los Jacintos Cortados*), que coinciden casi literalmente con la descripción verbal que hizo Torrente en una conferencia pronunciada en Ferrol, que tengo grabada en cinta magnetofónica, y que transcribo:

“Aquéllos eran entierros con estilo e imaginación. Recuerdo especialmente uno que vi salir de la calle Magdalena, en la parte baja de la tienda de Julio Couto, y que les voy a describir. Había lo que se llamaban las <Cuatro Torres>: unos mástiles de madera, con treinta o cuarenta tulipas moradas cada uno, y dentro de cada tulipa, una vela encendida. Estos artefactos iban junto al féretro, haciendo un cuadrilátero. Delante de las cuatro torres iban dos filas de mendigos y mendigas, cada

uno de ellos con un hachón encendido; les daban una peseta por concurrir a los entierros.

Y en el féretro, una joven de 18 ó 20 años, con la palidez de la muerte, naturalmente vestida de blanco, lo más probable que hubiese muerto tuberculosa y cuya hermosa cabellera salía del féretro y arrastraba por el suelo. Después iba el clero, con la cruz alzada, los tres curas y otros más que acompañaban cantando, y detrás, una orquesta de veinte o treinta violines y violas, tocando el “Miserere”. Realmente eran entierros “bonitos”. Había también un personaje que tocaba el fagot. Siempre la misma música, a la que los chavales habíamos puesto letra en un gallego muy ferrolano:

“Pola calle dos Mortos arriba/ vaise ganando a vida/ trinta reás entre tres/ tocan a des”./ Si foran cuarenta/ salía mellor a cuenta”.

Al lado de estos entierros civiles, estaban los de militares, más espectaculares cuanto mayor era el rango y la jerarquía del muerto”. Está claro que la coincidencia entre la realidad y la ficción literaria es total. La experiencia ferrolana la transforma Torrente en materia novelística.

De un signo distinto a la anterior es otra vivencia personal del escritor, experimentada en esta ciudad, que también aparece literaturizada en dos obras de Torrente. Se trata de la curiosa distribución de una página del diario local *El Correo Gallego*, del que estaba encargado un polifacético y curioso personaje ferrolano conocido por Chalín, que llegó a provocar conflictos y disputas sociales. Tenía a su cargo en el diario la página de “Sociedad”, a la que dividía en tres cuerpos. El superior llevaba el titular “De Sociedad”, y aquí se incluían las noticias de bodas, bautizos, cumpleaños y demás, de las

familias de Almirantes, Jefes e Ingenieros de los Astilleros. La sección del medio se titulaba “Notas de sociedad”, en la que incluía estos mismos eventos, pero de la clase media civil y militar. La última iba con un titular de letras pequeñas, que simplemente decía “Notas”, y aquí entraban los mismos sucesos, pero de la clase baja del escalafón militar y civil. Lo que ocurría a veces, y de ahí los escándalos, era que, a fuerza de convidarlo a buenas meriendas y de regalarle buenos puros, algunos que deberían figurar en esta última sección, ascendían a veces hasta la segunda, y si el convite era realmente suculento podían llegar, incluso, a la primera. Claro que, en estos casos, el escándalo era mayúsculo.

Veamos ahora el uso literario que de esta vivencia ferrolana hace Torrente en su novela *La Isla de los Jacintos Cortados*: “En un principio, respetuoso con el orden estatuido, Nicolás “el hermoso” había



Eladio Ballester, abuelo materno. “Mi abuelo Ballester”.

titulado de tres maneras sus crónicas: aquéllas en las que sólo figuraban las hijas y las esposas de los marinos y de los banqueros, “llegaron de Salerno”, “salieron para Nápoles”, campeaban en la parte superior bajo esta denominación fulgurante “De Sociedad”, y el secreto y máximo deseo de cualquier muchachita era el de que su nombre apareciese alguna vez allí. La seguía un segundo orden de crónicas, con más apagado relumbre y de letra con menos jeribeques, a la que tenían acceso indiscutido las mujeres de los comerciantes y de los industriales; su marbete: “Notas de Sociedad”. Aparecer en ella disgustaba y humillaba a las muchachas ricas, a sus madres, y, de rechazo, a sus padres y maridos, menos sensibles, sin embargo, a los matices que no afectaban al poder o a la riqueza. Hubiera hecho, en cambio, felices a las mujeres de la tercera clase, hijas y esposas de chupatintas, de servidores y artesanos, relegadas a la sección inferior, que titulaba “Notas”.

Este hecho único y sorprendente del periódico de su pueblo debió de maravillar a Torrente, porque volverá a recurrir a él en “El Comodoro”, un relato publicado en *Ifigenia y otros cuentos* (1987), en donde escribe: “El Comodoro es un hombre listo. En vez de clamar contra la ingratitude de su pueblo, al que tanto proyectaba favorecer, pensó que la ingratitude tendría sus razones. La página de Sociedad en el periódico local, al día siguiente, le dio una pista. Lo primero que reseñaba el reportero era el bautizo de cierta niña, nieta y biznieta de almirantes por los cuatro costados; a continuación, se felicitaba el onomástico de cierto coronel; en último término se anunciaba al pueblo en palabras sencillas, la llegada de don Fernando Varela, acaudalado hombre de negocios”.

Ya he hablado, hace un momento, de la importancia que tuvieron los uniformes militares, en especial los de la Marina, en la infancia de Torrente, al igual que en la de todos los niños de su época. Por un lado, la presencia diaria en casa de su padre uniformado, quien, además, era un admirador de Napoleón, al que, vistiéndose como el emperador, solía imitar para divertir a sus hijos (a este respecto, no olvidemos la importancia enorme que tiene Napoleón como personaje y como mito en la novelística de Torrente). Por otro, la presencia cotidiana del uniforme de la Armada y del Ejército en las calles de la ciudad, en los años en que está librándose la Primera Guerra Mundial y en que todo lo militar goza de un gran reconocimiento, aquí y fuera, explica que los niños de Ferrol se quedasen admirados cuando, con motivo de cualquier festividad, se encontraban por la calle con oficiales o jefes de la Armada con el traje “número uno”, que era como se llamaba, entonces, al de gala: “casaca galoneada de oro, como un fraque de solapas rojas; pantalones también galoneados, y un bicornio que, si era de generales o de almirantes, llevaba plumas. Encima

se ponían la capa”, en palabras del propio escritor. O se tropezaban con militares de tierra, que no les iban a la zaga, en vistosidad, a los de la Armada: “Cascos de plata asimismo emplumados, pellizas y capas de un azul más claro que las de los marinos, y con las vistas rojas; pompones de varios colores y otra clase de ornamentos varios cuyo nombre he olvidado”, nos sigue diciendo Torrente en *Dafne y ensueños*.

En consonancia con lo anterior, la novelística de Torrente está, como las calles de aquel Ferrol de su infancia, llena de uniformes, que no sirven tan sólo para vestir a los personajes, sino para realizar su autoridad y su prestigio. Ya desde una de sus primeras novelas, como la ya citada *El golpe de Estado de Guadalupe Limón* el uniforme es utilizado como símbolo de autoridad y mando, significación que seguirá teniendo en sucesivas novelas como *Las sombras recobradas* (1979), donde el uniformado es Napoleón; en



Uniformes militares de la Marina.

La isla de los jacintos cortados (1980), en la que el general Galvano de la Porta es descrito siempre por su atuendo militar, lo mismo que Ascanio Aldobrandini, vestido siempre de almirante; o el dictador de *Las islas extraordinarias* (1991), siempre con el uniforme de gala de la Marina.

La influencia que ejerce Ferrol en este terreno concreto de los uniformes militares la reconoce el propio Torrente, quien, con la misma naturalidad nos explica ciertas fijaciones, en este terreno, de otro ferrolano, en este caso de la calle María, el general Franco. En el libro de Carmen Becerra, *Guardo la voz, cedo la palabra* (1990), Torrente le comenta que Franco, como era militar, durante la guerra, vistió uniforme militar de campaña. Pero, acostumbrado a ver y a admirar desde niño el uniforme de gala de los marinos, aunque no pudo ser Marino, siempre deseó serlo para vestirse

así. De tal modo que, al establecerse como Jefe de Estado, empieza a usar públicamente el uniforme de Capitán General de la Armada, y el traje con el que recibirá a los Embajadores en El Pardo será el uniforme de gala de los almirantes, que para él tiene la máxima significación. Dice textualmente Torrente: “*el pueblo esto no lo entiende; lo entendemos los ferrolanos, y Franco se lo aplica a sí mismo porque es ferrolano y sabe el valor simbólico que tiene este traje ante todo para sí mismo; es decir, ponerse ese traje, para Franco es una conquista, es su máxima conquista...*”. Este mismo concepto, que del uniforme de marino le atribuye Torrente a Franco, es el que tendrán sus personajes novelescos, pues todos los citados, y otros menores, para su propia autoestima y egolatría, quieren dar la imagen especial que a ellos les interesa transmitir a través del uniforme. Así, el uniforme sirve para darles un “aspecto”, para añadir un rasgo



ontológico al personaje, para imponer su autoridad y su criterio. Son, como ven, personajes urdidos con mimbres y resabios ferrolanos.

También relacionado con la Marina, y en concreto, con la Marina ferrolana, está el tema de la Compañía de Sopiñas, un anónimo grupo que robaba y asaltaba a la gente rica de la comarca, en los últimos años del reinado de Fernando VII, cuando este rey, de ingrata memoria, procedía presupuestariamente en consonancia con lo que opinaba en privado: “La Marina, poca y mal pagada”. Había mucha necesidad en Ferrol, especialmente entre la gente de

la Armada. Por ello, esta Compañía de Sopiñas se decía que estaba integrada por gente de la Marina, mayoritariamente, necesitados de ingresos para vivir de acuerdo con su rango. No falta quien sostiene que esta banda de asaltantes de haciendas pudientes, curas y nobles, prioritariamente, nace como una reacción contra la política de Fernando VII, y en el fondo, se le atribuye un carácter liberal. El caso es que esta Compañía llega a crear serios problemas en cuanto al orden y seguridad de la ciudadanía, hasta el punto de que se encarga de su persecución y desarticulación al coronel Zumalacárregui, que estaba en Ferrol, al mando del decimocuarto Regimiento y era Gobernador de la plaza. En su libro *Historia de la Guerra civil*—referida al siglo XIX— Antonio Pirala cuenta detalladamente esta historia azarosa que se encontró en Ferrol, entre 1826 y 1832, el entonces, coronel Zumalacárregui, que llegó a saber, según el citado historiador, quiénes estaban implicados en la dirección de esa Compañía. Parece que eran altos mandos de la Marina, y esta evidencia abocaba a Zumalacárregui a emprender una depuración violenta en este cuerpo, siendo él militar de tierra, o a pedir el traslado de destino, que es lo que acaba haciendo para evitar males mayores entre las dos fuerzas militares de gran presencia en la ciudad.

A la derecha cubierta de Javier Mariño, abajo: el teatro Cofre. En la otra página: tertulia en el Casino.



Pues este tema, misterioso e intrigante, lo toca literariamente Torrente en *Farruco, el desventurado* (1979), y aún intenta, inútilmente, en los años cuarenta, buscar en los archivos del Gobierno Militar, papeles y documentos que aclaren un secreto tan bien guardado entre las paredes de los domicilios ferrolanos. En algunas páginas de sus cuadernos de trabajo, vuelve Torrente sobre el tema, siempre con esa curiosidad que despierta todo lo relacionado con la vida de los vecinos, parientes y conocidos.

Otro tema, también exclusivamente ferrolano, lo utiliza Torrente en una de sus últimas novelas, *Yo no soy yo, evidentemente*

(1987). Se trata de la alusión a Hildegart, hija de la ferrolana Aurora Rodríguez. El narrador de la novela está razonando sobre la incertidumbre de la vida, sobre los caminos inescrutables de la misma, y hablando de que nadie tiene la seguridad de que lo está haciendo bien para llegar un día a ser alguien en la vida, a no ser tan sólo alguna gente de su pueblo –identificación del autor con el narrador, ya que se está refiriendo a Ferrol– como su amigo Felipe, el cual desde que “*apareció en el Cantón vestido de aspirante a guardiamarina, tan pincho y gremial, tan envidiable con aquel traje blanco y aquella espada que nos apartaba para siempre, con regular seguridad, podía pronosticar las distintas etapas de su vida hasta almirante*”.

Y es en este contexto donde el narrador empieza a hablar de Egmerarda (nombre ficticio que suplanta a Hildegart) como un caso de planificación vital llevada a cabo por la madre de ésta. Veán, si no, la evidencia de la alusión al modelo real: “*Así Egmerarda, aquella niña prodigio que se licenció en Derecho a los diecisiete años, un verdadero monstruo de saber acumulado, regida por una madre que ya lo había pensado todo para Egmerarda, la vida, la muerte y la ausencia de amor*”. Y ese narrador de la novela continúa varias páginas hablándonos de Egmerarda, que responde, en todos sus de-



talles, a la hija de Aurora Rodríguez Carballeira (1879-1955), vecina de Torrente durante unos años en la calle Magdalena.

Y para terminar en el ámbito civil, quisiera hacerlo con una breve referencia que hay en *La saga/fuga de J.B.*, (1972), como saben, una de las novelas más celebradas de Torrente, a una realidad que Torrente conocía del Casino ferrolano. En la novela, José Bastida –que por cierto, está inspirado en la persona y en la figura de D. Manuel Masdías, profesor y compañero de Torrente en la academia Rapariz, que es aludida también en la *Saga/fuga* como “Taladriz”– responde a una pregunta de Jacinto Barallobre

(fíjense en la familiaridad topográfica del apellido) acerca de por qué no pertenece a determinada sociedad, diciéndole: “*Solicité el ingreso hace algún tiempo, pero me echaron bolas negras*”.

“Echar bolas negras” es una frase muy local, cuyo origen está en el sistema que se utilizaba –hasta bien entrados los años sesenta– en el Casino para rechazar la solicitud de admisión de un nuevo socio. Se reunía la Directiva, y ante la proposición de admisión de ese ciudadano, cada uno de sus integrantes, con las luces apagadas, echaba al centro de una mesa una bola –blanca o negra– según quisiera o no que se admitiese como socio el ciudadano en cuestión.

Era un sistema que no se cuestionaba y que levantaba grandes expectativas entre los ya socios y los que no lo eran, porque la votación sobre la admisión de alguien –que por el hecho de solicitarla estaba deseando ascender en la difícil escala social de la ciudad, sobre todo si no pertenecía al escalafón alto de la Marina o del Ejército– vendría a confirmar en la ciudad si ese ciudadano o esa familia ferrolana había ascendido o no en el rígido “status” social, o por lo menos, si se le reconocía públicamente el supuesto ascenso. Y, de la misma manera, el rechazo y la no admisión de alguien supondría la rechifla de

todos los vecinos y la humillación pública para quien la solicitaba. Socialmente era lo peor que le podía ocurrir a una familia con aspiraciones, y se convertía en un episodio de comentarios populares, en los cafés, tiendas y costureros de todas las casas, lo mismo que cuando una chica de **las de velo** en la cabeza –las de la clase media– decidía pasar a usar sombrero (como las de las clases altas). Tal y como dice el propio Torrente en estas líneas: “*Las de tal se han echado de sombrero*”, se comentaba con cierto rechiflino por las calles durante la semana siguiente a la mañana del domingo en que solían producirse estas efemérides. Como se ve, tampoco las mujeres, en el Ferrol de aquellos

años infantiles del autor, podían escapar al embrujo colectivo del uniforme...

Pudiera seguir con este tema muchas más páginas, pero lo dejo, para no abusar del paciente lector que hasta aquí me haya seguido, aunque no sin antes dejar constancia de un deseo personal: que Ferrol, su ciudad natal, le devuelva en afecto y reconocimiento lo mucho que Torrente le ha dado en la literatura y en la propagación de su nombre por el mundo adelante. **G**

José A. Ponte Far es profesor de literatura.